

PALABRAS DE OFRECIMIENTO DE LA MANIFESTACION  
A DON HERNAN RODRIGUEZ EN EL CLUB DE LA UNION

Es difícil tener que interrumpir este almuerzo tan cordial y expresión de amistad y afecto, para decir algunas palabras. Les ruego que me excusen, pero los organizadores de esta manifestación a Hernán Rodríguez y de simpatía a Francisca, me han pedido que lo haga, porque la tradición así lo establece, y yo debo cumplir ese gratísimo encargo.

Debo agregar, que esta oportunidad no sólo expresa amistad, afecto y simpatía, sino, también, ella suma admiración, reconocimiento y gratitud.

Esos sentimientos, que todos los presentes compartimos, están sobradamente justificados por la ya extensa y brillante labor que Hernán ha realizado, por su insobornable dedicación a la valoración y defensa del patrimonio histórico cultural de Chile, y, en suma, porque en su fidelidad a la más alta vocación cultural, es verdaderamente excepcional.

En este tiempo tan dominado por los cambios, donde incluso algunos han llegado a deificar al cambio, y dejan que los medios e instrumentos se transformen en objetivos y aún en fines, poco o nada queda para comprender y valorar lo fundamental que es lo constante, lo permanente en una cultura. El cambio, las nuevas ideas, formas e instrumentos nuevos, son sin duda importantes para que una sociedad nacional progrese, se desarrolle y sea capaz de enfrentar nuevos desafíos. Pero lo constante, lo permanente, es esencial para que esa sociedad nacional perdure, para que no pierda su identidad.

Hernán Rodríguez, en la fidelidad de su vocación, ha asumido la valoración y la defensa del patrimonio histórico cultural de Chile. Lo ha hecho en forma excepcional. Lo ha realizado a lo largo de los años en múltiples aspectos y actividades.

En los tres lustros de su Dirección del Museo Histórico Nacional, revitalizadora y creativa, en la que se suman el rescate del histórico edificio secular, la reordenación y desarrollo del Museo, el incremento de sus colecciones gracias a una cantidad y variedad de donaciones, el registro e inventario y la conservación y restauración de su patrimonio, la creación de colecciones de fotografías, su recuperación y conservación para salvar tal vez el espíritu que se asoma en los rostros y en el gesto de generaciones pasadas, o el que trasuntan las de nuestras ciudades, tan destruidas por sismos y el terremoto humano. Y también en este Museo, el afán de enseñar expresado en esa

hermosa iniciativa de Francisca y de sus colaboradoras, que es la Sala Didáctica, para que los niños aprendan a conocer y valorar el patrimonio histórico. E incluso, en la obtención de nuevos espacios y en el proyecto de construcción de nuevas salas y bodegas, que desde hace cuatro años ya están proyectados...esperando recursos o decisión superior.

Lo realizado en esos años, en su labor insobornable en el Consejo de Monumentos Nacionales, en defensa de este patrimonio cultural de la nación chilena, tan despreciado, ignorado y destruido por la inconciencia, la frivolidad o la ramplonería criolla. La defensa de lo poco que hay o que queda a salvo de la picota, o de las improvisadas ocurrencias, en nuestras ciudades o pueblos, o en las viejas estaciones y vías férreas, o en las salitreras que dieron vitalidad al país, o, en fin, en el propio Santa Lucía...

Su labor permanente y profunda en la investigación histórica-cultural, íntimamente unida al patrimonio, que tan mercedamente le ha significado integrar la Academia de la Historia, traducida en sendos ensayos; por ejemplo, la Casa de los Velasco, o la Casa Colorada, o el Llano Subercaseaux, entre otros. Expresada también en la catalogación de artistas y en la de fotógrafos del pasado nuestro.

Y también la persistente lección contenida en su columna semanal en el "El Mercurio", orientada a interesar a la opinión pública en un punto, o un hecho que su visión cultural, fielmente sostenida, hace relevante.

Estimados amigos: Puedo dar, para terminar, mi testimonio personal durante cuatro de esos quince años en que Hernán Rodríguez dió su talento y su pasión al Museo Histórico Nacional, del freno torturante que la estrechez presupuestaria oponía a sus esfuerzos, a sus ideas y a sus proyectos. Con él, y con Javier González en el Archivo Nacional, con Nena Ossa en el Museo de Bellas Artes, y con Hans Niemeyer en el de Historia Natural, y con mis inolvidables colaboradores en el Biblioteca Nacional y bibliotecas públicas y todos los que laboran y tan a menudo sufren en la DIBAM, a lo largo y ancho de Chile; y tal como antes, todos ellos con Enrique Campos Menendez, intentamos valorar y defender el patrimonio cultural de Chile. Y Hernán era un puntal en nuestras esperanzas. Por eso, además de la amistad y del afecto, la admiración, el reconocimiento y la gratitud...porque, todavía más, durante tres años tuvo una paciencia de santo.

Santiago, 20 de Abril de 1993

Mario Arnello Romo